
LA MISIÓN

–Recuerdos de mi primer encuentro con Marcel Légaut–

Thérèse De Scott

Fue en 1977, en la Magnanerie de Mirmande. Légaut me había dicho: "¿quiere usted que conversemos un poco?" Estábamos sentados cerca de su mesa de trabajo, en una mañana de julio.

A la vuelta de una frase, a raíz de preguntarle algo sobre su vida, me dijo: "usted comprende, yo tenía una misión...". El tono era calmado, humildemente insistente. No me dijo lo que era esa misión. Sin duda era algo incomunicable en aquel momento.

Mucho más tarde, he podido observar que, cuando alguien le preguntaba si todo el mundo tenía una misión, su respuesta era afirmativa. Légaut glosaba esta opinión alentadora recurriendo a unas distinciones que progresivamente he comprendido mejor. El proyecto no debe confundirse con la misión. La actividad creadora no es del mismo orden que la de fabricación. En cualquier vida es importante hacer proyectos. Ello es condición para poder decidirse a caminar, y no convertirse en el juguete de las circunstancias ni limitarse a padecer los acontecimientos. Los proyectos concluyen o bien en el éxito o bien en el fracaso. Con bastante frecuencia, conocen la alternancia de unos y de otros. En cambio, cuando se es fiel a la misión, ésta no puede menos que lograrse, aunque puede que sea bajo la apariencia de fracaso, e incluso atravesando graves fracasos. Porque la misión pertenece a otro orden de acción y puede incluso trascender "el fracaso en el orden de la existencia". Paradoja del éxito en el fracaso, uno de cuyos ejemplos es la vida y la muerte de Jesús. La misión se nutre de la actividad creadora de aquél que se entrega a ella con todo su ser. La misión forma cuerpo con él. Él "es" su misión. Y la misión se convierte en él mismo, bajo la acción de Dios.

Esto era lo que Légaut se esforzaba por expresar en sus libros hablando del hombre, sin decir nunca "yo".

Sí, pero, ¿y en lo concreto de la vida? Ahí es donde, por largo tiempo, las cosas han permanecido más incomprensibles para mí. Según Légaut, una determinada manera de situarse personalmente en relación con la sociedad (incluida la sociedad religiosa), de asumir el propio papel y las relaciones en el ámbito de la familia, así como en todo momento en general, dependía de la misión. En cualquier caso, era evidente que, para él, la misión no consistía, de ninguna manera, en una tarea específica que alguna autoridad le hubiera encargado en la Iglesia. Lo que él hacía con su vida tenía un carácter singular, igual que él mismo era único en tanto que agente y sujeto. Légaut no había recibido su misión de la Institución. La había descubierto por sí mismo y se había esforzado por corresponder a lo que él llamaba la "exigencia interior" o, más discretamente, la "llamada". Así es como, poco a poco, no sin tanteos ni miedos, había ocupado su lugar irremplazable en "lo real".

No hacía demasiado que había regresado de África, después de ser, durante muchos años, misionera allí, cuando conocí a Légaut. No había estado en la evangelización directa –cosa que hubiera deseado– sino en una actividad tradicional que servía indirectamente a dicha evangelización: la educación escolar de la juventud colonial. Por un tiempo fui profesora de religión, función anexa en la que mi falta de preparación me incomodaba. En cambio, había enseñado muy a gusto letras clásicas, autores "paganos", griegos y latinos. Impartí también tres Cursos de historia, que abarcaban desde la antigüedad hasta nuestros días, incluida la época contemporánea con la descolonización del Tercer Mundo. El título del programa era de "humanidades", un bonito nombre aunque quizás discriminase las otras disciplinas que lógicamente también debían promover lo humano. También emprendí algunas iniciativas para crear en la escuela una apertura ecuménica. Además, intenté organizar una pequeña sección de acción católica pese a que siempre experimenté el carácter ilusorio, la débil eficacia de esa actividad.

Después, tras un cambio de ciudad, se me propuso un trabajo orientado a las necesidades pedagógicas del conjunto del país, formando equipo con africanos y europeos. Este servicio más amplio, que era muy interesante, y más directamente útil para los africanos, también fue, como los anteriores, una tarea que se me encomendaba.

El proyecto más personal formaba parte de mi vida soñada, de un sueño abortado a mis veinte años, por el que siempre sentía nostalgia: partir hacia la India, tras las huellas de aquellos misioneros que habían intentado, a lo largo de los siglos, salir al encuentro de las grandes religiones de aquellas zonas remotas. Con ese fin, me había iniciado de joven en el sánscrito. De todas formas, hubiera hecho falta que se me hubiese enviado, que hubiese tenido un mandato expreso al respecto, ya que así era como se funcionaba en la Iglesia. Tal era el único sentido que, durante todo aquel tiempo, yo había atribuido al término de "misión", al menos en el plano religioso. Ahora bien, evidentemente, no era ése el sentido con el que había que comprender a Légaut cuando decía que él "tenía una misión". Nadie –y mucho más siendo laico– le había encomendado la suya, la que parecía haberle atraído y como absorbido desde siempre.

Después me enteré, sin embargo, que alguien le había despertado al sentido de "su" misión: un modesto religioso que había sido también un gran creyente, Fernand Portal, hijo espiritual de Vicente de Paúl y animoso precursor, por el lado católico, de lo que después llegó a ser el movimiento ecuménico. A partir de ese encuentro de juventud, la intelección que Légaut había adquirido del sentido de su propia vida y de la crisis del cristianismo fue evolucionando hasta tal punto que el mismo Portal se hubiera extrañado, tal como el propio Légaut decía.

¿Qué escondía, pues, el énfasis, apenas perceptible, que él había puesto en aquellas palabras pronunciadas a modo de paréntesis: "usted comprende, yo tenía una misión..."? Légaut escribía libros, publicaba artículos y, con cerca de ochenta años, aún emprendía giras

para dar conferencias. Se obligaba a permanecer todo el verano en aquella casa común, grande y rústica, de Mirmande, de la que me había hablado en una de sus visitas a Bruselas el invierno precedente. Muchos y diversos eran los que se sucedían y se codeaban allí a lo largo del verano: auténticos buscadores, meros curiosos, o simples giró-vagos. Juntos formaban, por un tiempo, una precaria comunidad.

Como respuesta a su observación, le dije que yo no sabía cuál era mi misión pues, desde que había vuelto definitivamente de África, nadie me había vuelto a llamar "misionera" ni nadie llamaba "misión" a mi trabajo profesional de entonces, ni yo tampoco. Y, aunque tenía actividades profesionales muy absorbentes e interesantes, de amplias perspectivas, y que incluían la asistencia a encuentros en diversos continentes, sin embargo, me encontraba como en paro, casi desesperando de encontrar de nuevo el sentido y unidad del conjunto. Además, si todo ser humano, tal como él afirmaba, tenía su lugar único en lo real, el mío, ¿consistía en ese lugar único de entonces y en esa espera inquieta en la que me encontraba? Mi misión tenía, en efecto, su punto de apoyo ahí, en ese lugar de convergencia y de confluencia de todo lo que me había sucedido y había vivido hasta el momento, así como en lo que yo tenía que vivir en el porvenir. Una misión del poco a poco, del paso a paso, en lo oscuro. Del casi nada. De quien no sabe por la noche qué se le va a presentar al día siguiente. Un avanzar a tientas, entre demoras y miedos, atolladeros, rodeos y marchas atrás. Siempre en la misma dirección. ¿En la misma dirección? ¿Era eso cierto?

Mi misión cara al futuro era como una melodía que se repite y se lleva dentro, de forma obsesiva a veces, sin que llegue a cuajar en una canción porque todavía no ha llegado su momento. Otro, a quien yo amaba, ¿no había dicho, dos mil años antes, que "todavía no había llegado su hora"? En ese momento en que Légaut me hablaba de su misión, esa melodía se buscaba a sí misma en mí. Quizás un día un canto nacería de ella, alimentándose de mis profundidades. Pero un canto, ¿por qué?, ¿para quién?, ¿quién lo esperaba y quién lo escucharía? Sin duda tenía que echar raíces en el

secreto de los acontecimientos, de dolor y de alegría, de mi pasado. Necesitaba, sobre todo, para nacer del silencio, ese momento de un encuentro verdadero; un encuentro largo tiempo preparado, sin yo saberlo, por las circunstancias, los azares, los otros, yo misma, Dios... Son raros los encuentros así. Parece que uno los escoge pero, sin embargo, de suyo, acontecen por sorpresa. Son un claro en el bosque, un oasis en el desierto, una sombra fresca en el camino que conoce el cansancio y la fatiga de las incomprendiones, las rivalidades, las tonterías, la mediocridad pedregosa, la soledad. "O quam suavis es, Domine!". La ternura y la piedad acontecen: el cuenco de agua y el pan cerca del enebro bajo el que iba a caer, rendido de sueño, el fugitivo. Entonces se presenta el ángel del consuelo con el pan de la confianza y el agua fresca de la escucha... "Come y bebe pues largo es el camino hacia la montaña". Pero, ¿dónde estaba el ángel en aquel momento preciso?, ¿quién consolaba y reconfortaba a quién?, ¿era él?, ¿era yo? Quizá no hay respuesta sino decir: "sin duda, Dios nos visitaba".

Y ahora, saber o no saber cuál es mi misión, ¿es ya tan importante? ¿No sé ya que tendré que proseguir la marcha hacia la montaña, tal como se cuenta en el viejo relato bíblico? Sin embargo, el Libro nos enseñó que allí arriba nada se nos mostrará ni explicará. Al hombre inquieto, Dios sólo le revela su espalda, como un murmullo del silencio. Lo cotidiano, las arenas y los guijarros que pisamos durante el descenso, viene después. ¿Hasta la hora en que se adivine un: "ve; haz esto; diles. Yo estaré contigo"?

¿Se me dará ese instante y su palabra tan simple? ¿Los papeles se habrían cambiado de forma que sería yo quien Te lo susurrase, llegado el momento, con ese susurro del que no sabemos ni de dónde viene ni adónde va...?

Marsanne, 6 de noviembre de 1999